

entre los cristianos y María santísima : yo introduciré entre ellos la desconfianza, el olvido y la indevoción : yo haré que no se acuerden de ella, ni recurran á su amparo : *Inimicitias ponam.*

¡Oh! amados fieles : á estas torpes bravatas del demonio contestad vosotros con aquellas otras palabras que el Señor le dijo : *Ipsa conteret caput tuum*¹. Yerras, debe decirle cada uno, yerras, espíritu inmundo, si piensas conseguir que yo olvide á María santísima. ¿Yo olvidar á mi dulce Madre? Primero me olvidaré de mi mano derecha. ¿Yo dejar de alabarla? Primero mi lengua quede pegada al paladar. Cuando vengas á tentarme, yo acudiré á ella, *Et ipsa conteret caput tuum*, y ella te chafará la cabeza. Cuando me incites al mal, yo invocaré su dulce nombre, *Et ipsa conteret caput tuum*, y ella te hará huir avergonzado. Hacedlo así, mis amados fieles, honrad á María, servidla con todo el corazón, amadla con tierno amor ; y algún día conoceréis por experiencia propia que los que la honran dignamente, alcanzan vida eterna, como ella misma asegura : *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*². Amen.

María gran bienhechora del género humano.

Venit (columba) ad vesperam, portans ramum olivæ virentibus foliis in ore suo. (Gen. VIII, 11).

¡Cuánto sufriría el buen Noé en aquellos nueve meses que hubo de estar encerrado en el arca, esperando á que cesase el diluvio! ¡Qué largo le parecería aquel tiempo! ¡Con qué ansias deseaba que acabase! Bien se deja entender por las repetidas pruebas que hizo para averiguar si las aguas habían cesado ó no. Abre un día la ventanilla, y despacha el cuervo pa-

¹ Gen. III, 15. — ² Eccli. XXIV, 31.

ra ver si le llevará algún indicio de haber descubierto tierra ; pero el cuervo, engullido indudablemente por las olas, no vuelve. Deja pasar algún tiempo, y envía la paloma para hacer la misma averiguación ; pero, no hallando esta dónde fijar el pié, vuelve al arca dentro breve rato, sin llevarle ningún indicio de que hayan disminuido las aguas. Aguarda algunos días más, y despide por segunda vez la paloma, para ver si lleva alguna noticia favorable ; y hé aquí que, después de haber estado fuera gran parte del día, al caer de la tarde vuelve el inocente animalito todo festivo y alegre, llevando un ramo verde de olivo en el pico, como en señal de que el diluvio había enteramente cesado : *Venit ad vesperam, portans ramum olivæ virentibus foliis in ore suo.*

Creo, oyentes míos, que esta palomita que llevó á Noé la plausible noticia de haber cesado el diluvio, ha despertado desde luego en vosotros la idea de María santísima, y que la habéis considerado como una viva figura de lo que esta ha hecho con el género humano. Realmente no puede darse una imagen ni más propia ni más expresiva. ¿No fue María santísima quien al cabo de cuatro mil años que el género humano estaba sumergido en el diluvio de males en que le anegó la culpa de Adán, vino á anunciarnos días más claros y serenos? ¿No fue María santísima quien nos trajo la alegre noticia de que había cesado la época de nuestras desgracias, y de que iba á abrirse la era de nuestra felicidad? ¿No fue María santísima quien contribuyó eficazmente á que cesasen los males que desde el principio del mundo afligían al género humano? ¡Ah! cristianos : ¡cuánto debemos á María! ¡De cuántos males nos ha librado! ¡Cuántos bienes nos ha traído! Yo quiero llamar hoy vuestra atención acerca de este asunto, sobre el que quizá nunca habéis hecho la debido reflexión ; esperando que él servirá eficazmente para avivar en vosotros el amor y devoción há-

cia esta insigne bienhechora del género humano. Antes de comenzar el discurso os advierto, que él requiere de vosotros una particular atencion.

Cuarenta siglos contaba el mundo cuando María santísima apareció en él, y en tan larga sucesion de años no habia amanecido para el hombre un solo dia de felicidad. No es que Dios hubiese hecho al hombre infeliz, no : quien le hizo desgraciado fue su soberbia y su orgullo. Criado el hombre en estado de inocencia, dotado de una alma que era una hermosa imágen del mismo Dios, revestido de un cuerpo impasible é inmortal, colocado en un paraíso ameno, delicioso y abundante, hecho señor absoluto de toda la naturaleza, libre enteramente de todo dolor, enfermedad y pesadumbre, ¿qué mas podia desear? Sin embargo Adan, el soberbio Adan no supo contentarse con todo esto, aspiró á mas, y quiso ser un Dios de segundo orden, y parecerse al Altísimo, conforme al consejo de la serpiente : *Eritis sicut dii*¹. Este atentado, como veis, era demasiado enorme para que Dios lo disimulase. Desde entonces Dios ya no vió en Adan un hijo fiel, dócil y sumiso ; sino un rebelde, un sedicioso, un conspirador : y como á tal le despojó de todos sus privilegios, le echó del paraíso, fulminó contra él y su descendencia un decreto lleno de maldiciones.

Verdad es, segun la teología, que Dios entonces ya tenia premeditado un medio para reconciliarse á su tiempo con nosotros, y levantarnos la pena en que habíamos incurrido ; pues se le oyó decir, que vendria una mujer que, chafando la cabeza á la serpiente infernal, levantaria al hombre del infeliz estado en que habia caido : *Ipsa conteret caput tuum*². Pero

¹ Gen. III, 5. — ² Ibid. 13.

entre tanto que esta mujer no llegaba, Dios en desquite de la injuria que habia recibido del hombre no cesaba de descargar sobre él golpes los mas terribles y severos. Espanta el leer el rigor y severidad con que Dios trató al género humano durante el tiempo de la ley natural y escrita. Su justicia no cesaba de esparcir por todas partes estragos y horrores : su espada humeaba siempre con la sangre de las innumerables víctimas que caian á su corte. En aquel infeliz tiempo ver pasar á cuchillo naciones enteras, ver llover fuego sobre las ciudades, ver convertirse en cementerios los reinos mas florecientes, ya no causaba admiracion, porque eran cosas que se veian cási todos los dias. Por un simple acto de vanidad venia la peste á diezmar todo un reino, como sucedió en tiempo de David : por un estupro se pasaba á cuchillo una tribu entera, como aconteció á la de Benjamin : por un pequeño robo caia la maldicion sobre todo un ejército, como lo experimentó el de Josué.

No me detendré en referir por menor todas las calamidades que vinieron sobre la triste descendencia de Adan en aquellos infelices tiempos : basta decir en general que los hombres, agobiados con tantas desgracias, suspiraban continuamente por un libertador. Al modo que el triste navegante, combatido de una récia tormenta, levanta sin cesar la vista al cielo por si puede discernir al través de los nubarrones la estrella que conduce al puerto, así los hombres tenian la mirada fija en los siglos venideros por si lograban divisar á aquella mujer anunciada desde el principio del mundo, la cual debia poner término á tantas desgracias. El primero que logró divisarla á lo léjos fue Isaías. ¡Qué grito de alegría dió este Profeta en vista de un objeto tan deseado! Consuélate, pueblo mio, grita lleno de júbilo, levántate, Sion, de tu abatimiento, alegraos todos los que gemís bajo la opresion, que ya va á ser remediada la gran culpa de Adan, y perdonada la pena que le habia sido con-

siguiente : *Consolamini, consolamini, popule meus... quoniam completa est malitia... dimissa est iniquitas*¹. Hé aquí que una virgen concebirá : sin dejar de ser virgen dará á luz un hijo : y este hijo será nuestro Salvador : *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel*².

No es para mi lengua pintar al vivo la alegría que difundió por toda la tierra este anuncio de María santísima : de todos los puntos del globo se levantan voces que la saludan, la alaban y la bendicen. David le consagra salmos que le canta al son de su arpa, los Patriarcas la hacen el objeto de sus ansias, los Profetas de sus elogios, los sábios de su admiracion, los poetas de sus cánticos, los justos de su alegría y los pecadores de su confianza. Llega en fin el dia dichoso en que María aparece en el mundo, y hé aquí que con ella aparece tambien un cielo nuevo, una nueva tierra, y un nuevo órden de cosas. Los rigores de la ley antigua desaparecen como por encanto, el hombre comienza á ser tratado con mas consideracion, Dios envaina la espada que tanta sangre derramó en el discurso de cuarenta siglos; y reconciliado ya enteramente con el hombre, viene á darle un abrazo tan estrecho en el seno de esta bendita Virgen, que Dios y el hombre quedan eternamente unidos en la adorable persona de Jesucristo.

En vista de esto ya no admiro que la Iglesia llame feliz á la culpa de Adan : *O felix culpa*³. Pero ¿cómo feliz? Vedlo aquí. La culpa de Adan dió motivo á que María viniese al mundo : viniendo María al mundo, nos trajo un Hombre-Dios; trayéndonos un Hombre-Dios, no solo se ha renovado aquella cordial amistad que mediaba entre Dios y el hombre en el estado de la inocencia; sino que se ha estrechado con vínculos mas

¹ Isai. XL, 1. — ² Ibid. VII, 14. — ³ Eccle. in Bened. Cer. pasch.

fuertes, y con lazos mas indisolubles. Ya no son vínculos de puro amor los que unen á Dios con nosotros; son vínculos de naturaleza, son lazos de sangre, son nudos de consanguinidad. ¡Oh buen David! tú no advertirias esta íntima union entre Dios y nosotros cuando dijiste que el hombre era un poco menor que los Ángeles : *Minuisti eum paulò minùs ab Angelis*¹. ¿El hombre menor que los Ángeles?... ¿Y á cuál de los Ángeles, te pregunta san Pablo, ha dicho jamás el Señor : Tú eres mi hijo? *Cui enim dixit aliquando Angelorum : Filius meus es tu*²? ¿A cuál de los Ángeles, sigue preguntando el mismo Apóstol, ha dicho Dios : Siéntate á mi derecha? *Sede à dextris meis*³? De Adan en el estado de la inocencia hubieras podido decir que era menor que los Ángeles, porque en realidad lo era, menor por naturaleza, menor en gracia, menor en felicidad; mas despues que María ha unido á Dios y al hombre en una misma persona, el hombre ha subido á una dignidad tan alta, que sobrepuja la de todas las demás criaturas.

No creais, oyentes míos, que el bien que María santísima ha hecho á los hombres se limite á lo que habeis oido hasta aquí : ella ha ido continuando en favorecernos, adquiriendo dia por dia nuevos derechos á nuestro reconocimiento y amor. Recorred la historia, y veréis que el Señor no nos ha dispensado ningun beneficio sin que María santísima haya mediado en ello, y reconoceréis que nunca nos hallamos en ninguna necesidad sin que María acuda inmediatamente á nuestro socorro. Cuando somos tentados ¿quién nos conforta? María santísima. Cuando estamos afligidos ¿quién nos consuela? María santísima. Cuando hemos caido en algun pecado ¿quién nos levanta? María santísima. Cuando Dios nos castiga ¿quién le

¹ Psalm. VIII, 6. — ² Hebr. I, 5. — ³ Ibid. 13.

aplaca? María santísima. Cuando nos hallamos en trance de muerte ¿quién nos asiste? María santísima. Si vamos al cielo ¿quién nos conduce? María santísima. ¡Ah! bien lo entendia el melífluo san Bernardo cuando dijo, que no hay gracia que no nos venga por su mano.

Lo mas particular es, que ella dispensa sus favores sin hacer distincion entre justos y culpables. Así como en el arca de Noé hallaron acogida, no solo el hombre inocente, el manso cordero y la inofensiva paloma, sino tambien el fiero leon, el carnicero tigre y toda suerte de bestias feroces; del mismo modo en el piadoso corazon de María santísima tienen cabida, no solo las almas inocentes y justas, sino tambien las pecadoras é ingratas. Oid en qué términos se expresa ella misma en el libro del Eclesiástico. Yo, dice, soy una Madre tan buena y amante, que con justicia se me da el título de Madre del amor hermoso: *Ego mater pulchræ dilectionis*. En mí está la gracia y el consejo, en mí la esperanza de la vida y de la virtud: *In me omnis spes vitæ et virtutis*. Quien me oye no quedará confundido: quien se acoge á mí no cometerá pecado: quien me honra alcanzará la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*. Venid á mí todos los que me necesitais: no haya quien tema, quien dude, quien vacile; porque mis entrañas á nadie se cierran, porque á la ternura de mi corazon todos tienen derecho, porque mi espíritu es indistintamente para todos mas dulce que la miel: *Spiritus enim meus super mel dulcis*¹. ¿Habeislo oido, cristianos? Estas son palabras que os dirige la santísima Virgen, estas son excitaciones que os hace, á fin de despertar en vosotros su confianza y devocion. Cuidado en no dejarla hablar en vano, cuidado en despreciar sus ofrecimientos.

¹ Eccli. xxiv, 24 et sequent.

Os hablo así con tanta formalidad; porque estoy en la conviccion mas íntima de que de ser ó no ser devotos de María santísima depende vuestra salvacion ó condenacion. Y aquí tocaré una cuestion igualmente nueva para vosotros, que útil y necesaria. Se pregunta si la devocion á María santísima es de absoluta necesidad para salvarse un adulto, ó lo que es lo mismo, si puede un adulto salvarse sin haber sido devoto de María santísima. A esta cuestion se responde que, hablando de la necesidad que los teólogos llaman de *precepto*, es cierto que la devocion á María santísima no es necesaria para conseguir la salvacion, porque el precepto de ser devotos suyos no se encuentra ni en el Evangelio, ni en la legislacion eclesiástica; pero si hablamos de la necesidad que se dice de *medio*, es muy probable que la devocion á la Madre de Dios es necesaria para que un adulto consiga salvarse, es decir, que Dios de tal modo ha vinculado nuestra salvacion con la devocion á su Madre, que probablemente no podremos entrar en el cielo, si en la tierra no hemos sido devotos suyos. ¿Os admira esta doctrina? Pues es la que comunmente enseñan los santos Padres de la Iglesia. Oid cómo se explica san Anselmo hablando con la misma Virgen: ¡Oh! Señora, le dice, así como es imposible se pierda aquel á quien Vos deis una mirada de clemencia, así es indispensable perezca eternamente aquel de quien Vos aparteis la vista: *Omnis à te despectus necesse est ut pereat*. ¿Y no apartará ella la vista de quien no le profesa la menor devocion? Oid ahora á san Bernardo: Si algo, dice, hay en nosotros de esperanza, de gracia y salud, entendamos que todo nos viene por conducto de María: *Si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare*¹. Y el salvarse ¿no es una gracia, y aun la

¹ D. Bern. Serm. de Nat. B. V. M.

corona de todas las gracias? A mas de que, ¿os parece si es posible entrar en el cielo sin pasar por la puerta? Pues la puerta es María santísima, como nos dice la Iglesia : *Janua caeli*.

Así que, amados míos, si quereis conseguir vuestra eterna salvacion, y al propio tiempo manifestar vuestra gratitud á esta insigne bienhechora del género humano, honradla con la mas tierna devocion. ¿Cómo podeis dejar de ser devotos suyos, sabiendo que ella ha hecho cesar los rigores de la ley antigua, que ella nos ha dado el Salvador, y que á ella somos deudores de la amistad que ha vuelto á reinar entre Dios y nosotros? ¿Cómo podeis no honrarla con una devocion filial, no ignorando que su devocion es un pronóstico casi cierto de eterna salvacion, y que su olvido es un preludio, un síntoma de condenacion eterna? Comenzad desde hoy á servir con nuevo fervor á esa gran Madre de los predestinados, entrad en alguna de esas congregaciones que tienen por objeto honrarla con un culto especial, rezadle todos los dias la Corona ó el santísimo Rosario, confesad y comulgad en honor suyo en las principales festividades que la Iglesia le dedica, y sobre todo llevad una vida que no desdiga de los hijos de una tan santa Madre. Practicadlo así, y algun dia recogeréis los frutos saludables de vuestra devocion. Amen.

María refugio de pecadores.

Tunc separavit Moyses tres civitates...
ut confugiat ad eas qui nolens occiderit
proximum suum. (*Deut. iv, 41*).

Refiere la Escritura santa en el libro del Deuteronomio, que antes que el pueblo de Israel entrase en la tierra de promision, Moisés recibió orden de Dios para destinar tres ciudades que sirviesen de refugio á los que, sin quererlo, derramasen la sangre de su prójimo, y que puestos allí fuesen inviolables

hasta que su causa se hubiese examinado en los tribunales. Como todo lo que pasaba en la ley antigua era figura de lo que habia de acontecer en la ley de gracia, los santos Padres aseguran unánimemente que aquellas tres ciudades figuraban á María santísima, en cuya bondad hallan seguro refugio todos aquellos pecadores que desean escapar los castigos que merecen por sus culpas. En efecto, Dios, cuya misericordia brilla mas en nuestros tiempos que en los de Moisés, no ha querido que los culpables de ahora fuesen de peor condicion que los de entonces, y si aquellos tenían ciudades materiales que los ponian á cubierto de la persecucion de la justicia humana, estos tienen una ciudad mística, que es María santísima, que les sirve de asilo para librarse de los golpes de la justicia del cielo.

De consiguiente, bien pueden alegrarse los pecadores, bien pueden estar de norabuena, teniendo un refugio tan poderoso como el de María santísima. ¡Ah! si en adelante se condena alguna pecador, no merecerá que le compadezcamos, no será digno de que derramemos una sola lágrima por él, pues se condenará porque quiere, se perderá porque rehusa aprovecharse del refugio que María santísima le ofrece. Desde luego ella ofrece tres cosas á cualquiera pecador que quiera escapar los castigos de la Justicia divina : primera, alcanzarle de Dios el perdon de sus culpas : segunda, animarle á hacer una sólida conversion : tercera, ayudarle por sí misma á soltar las cadenas de sus vicios y recobrar la libertad de los hijos de Dios. ¿Puede ofrecerle mas? Expliquemos estas tres verdades tan sólidas como consoladoras, y se verá que María es verdadero refugio de pecadores.

Un vasallo que ha tenido la temeridad de rebelarse contra su legítimo soberano, y de tomar las armas contra él, cuan-